

la moralidad, no hay que castigar. La moralidad es algo tan santo y tan sublime, que no se la puede rebajar y poner á la misma altura que la disciplina. Los primeros esfuerzos de la educación moral son para fundar un carácter. Consiste éste en la facilidad para obrar por máximas. Al principio son las máximas de la escuela, y después, las de la humanidad. El niño en los comienzos obedece á las leyes. Las máximas también son leyes, pero subjetivas; se derivan del propio entendimiento del hombre. No ha de quedar impune ningún quebrantamiento de la ley de la escuela, aunque el castigo tiene siempre que ser apropiado á la transgresión.

Al formar el carácter de los niños, se trata de hacerles perceptible un cierto plan en todas las cosas, ciertas leyes que tienen que seguir punto por punto. Así, por ejemplo, se les señala un tiempo fijo para el sueño, para el trabajo, para las diversiones, y ésto no se ha de alargar ó acortar. En las cosas indiferentes se les puede dejar la elección, habiendo sólo de seguir constantemente después lo que hicieron una vez por las leyes. No hay que formar en los niños el carácter de un ciudadano, sino el de un niño.

Los hombres que no se han propuesto ciertas reglas son veleidosos; ocurre con frecuen-

cia, que no se les puede entender ni conocer nunca bien cómo son. En efecto, se censura á menudo á la gente que obra siempre por reglas; por ejemplo, al hombre que fija un tiempo para cada obra; pero muchas veces es injusta esta censura; esta precisión asienta una disposición favorable para el carácter, aunque parezca meticulosidad.

Es necesario, ante todo, la obediencia en el carácter de un niño, particularmente en el de un alumno. Esta es doble; en primer lugar, una obediencia *absoluta* al director, y luego, á la *razonada y recta* del que dirige. La obediencia puede nacer de la coacción y entonces es *absoluta*, ó de la confianza y entonces es *razonada*. Esta obediencia *voluntaria* es muy importante, pero aquélla es en extremo necesaria, porque prepara el niño al cumplimiento de las leyes, que después tiene que cumplir como ciudadano, aunque no le agraden.

Por eso, los niños han de estar sujetos á una cierta ley de necesidad. Pero esta ley tiene que ser universal, en vista de la cual hay que obrar siempre en la escuela. El maestro no ha de mostrar entre varios niños predilección ni afecto alguno de preferencia por uno determinado, pues si no, la ley deja de ser universal. El niño se vuelve rebelde en cuanto ve que no se somete á todos á la misma ley.

Se habla constantemente de que se ha de presentar todo á los niños de modo que lo hagan por gusto. En muchos casos esto es bueno sin duda, pero hay que prescribirles también muchas cosas como un deber. Después les es esto de la mayor utilidad en toda su vida; porque sólo el deber, y no la inclinación, nos puede conducir en los impuestos públicos, en los trabajos del oficio y en otros muchos casos. Suponiendo que el niño no comprendiera el deber, lo mejor es hacerle entender que tiene deberes como niño, puesto que es más difícil que comprenda, que los tiene como hombre. La obediencia sería más completa si pudiera comprender esto, que sólo es posible con los años.

Toda infracción por un niño de lo mandado es una falta de obediencia, que lleva consigo un castigo; tampoco está demás en la infracción de una orden cuando es por descuido. Este castigo es, ó bien físico ó bien moral.

Se castiga *moralmente* cuando se contraería la inclinación á ser respetados y queridos, cuando, por ejemplo, se avergüenza al niño, recibéndole con tono frío y seco. Hay que conservar esta inclinación en cuanto sea posible. Por ello este modo de castigar es el mejor, porque viene en auxilio de la moralidad; v. gr., cuando un niño miente, una mirada de

desprecio es un castigo suficiente y aun el que más conviene.

El *castigo físico* consiste en no acceder á sus deseos, ó en la aplicación de una pena. El primer modo de castigar es semejante al moral y, además, negativo. Los demás castigos tienen que usarse con prudencia para no producir una *indoles servilis*. Conviene no conceder recompensas, porque así se hacen interesados y se les causa una *indoles mercenaria*.

La obediencia es, además, ó bien del niño ó bien del muchacho. A la infracción de ella sigue el castigo, que es, ó *natural*, que el mismo hombre contrae con su conducta, por ejemplo: cuando el niño enferma por haber comido mucho, y éstos son los mejores, porque el hombre los experimenta toda su vida y no sólo mientras es niño, ó bien es *artificial*.

La inclinación á ser apreciado y querido es un medio seguro de hacer permanentes los castigos. Los físicos sólo tienen que ser un complemento de los morales. No se llegará á formar ningún carácter, cuando los castigos morales apenas sirvan y se tenga que acudir á los físicos. Pero al principio tiene que suplir la coacción física á la falta de reflexión de los niños.

Los castigos que se aplican con señales de

cólera, son contraproducentes. Los niños no los ven entonces más que como efecto de la pasión de otro, y ellos mismos se creen objeto de esta pasión. En general, los castigos se han de aplicar siempre con prudencia, para que vean que el único fin de éstos es su mejoramiento. Es insensato—y convierte en esclavos á los niños—cuando tienen que agradecerlos, besar las manos, etc. Se hace tercios á los niños aplicando á menudo los castigos físicos; cuando los padres castigan á sus hijos obstinadamente, sólo les hacen ser cada vez más testarudos. Los tercios no son siempre los peores hombres; á veces se conducen fácilmente por buenas representaciones.

La obediencia del joven es diferente de la del niño. Consiste en la sumisión á las reglas del deber. Hacer algo por deber es obedecer á la razón. Es un trabajo inútil hablar al niño del deber; acaban por verlo como algo á cuya infracción sigue la palmeta. El niño podría ser guiado por sus meros instintos; pero en cuanto crece hay que darle el concepto del deber. Tampoco se ha de acudir al recurso de la vergüenza con los niños, sino solamente en los años de la juventud. Esto no puede hacerse hasta que la idea del honor haya echado raíces.

La veracidad es otro rasgo principal en la

fundación del carácter del niño. Es lo básico y esencial de un carácter. El hombre que miente, apenas tiene carácter alguno; y si posee algo bueno, únicamente lo debe á su temperamento. Muchos niños son inclinados á la mentira, que procede frecuentemente de una imaginación viva. Es asunto de los padres procurar que los niños no se acostumbren á ella, pues las madres, ordinariamente, lo miran como una cosa de ninguna ó escasa importancia; encuentran en esto una prueba lisonjera de las disposiciones y capacidades superiores de sus hijos. Este es el momento de hacer uso de la vergüenza, pues ya comprende bien el niño. El rubor nos traiciona cuando mentamos, pero no siempre es una prueba de ello. Nos ruborizamos á menudo de la imprudencia con que otro nos acusa de una falta. Por ningún motivo hay que tratar de arrancar la verdad á los niños mediante los castigos; su mentira debiera arrastrar consigo un daño igual, y entonces este daño los castigaría. La pérdida de la estimación es el único castigo que conviene para la mentira.

También se pueden dividir los castigos en *negativos* y *positivos*. Se aplicarían los primeros á la pereza ó á la inmoralidad; por ejemplo: en la mentira, la descortesía y la insociabilidad. Los castigos positivos sirven

para la mal intencionada ira. Hay que guardarse, ante todo, de tener rencor á los niños.

La *sociabilidad* ha de ser un tercer rasgo del carácter del niño. Ha de tener amistad con los demás y no ser siempre sólo para él. Muchos maestros se oponen á ello en la escuela, pero muy sin razón. Los niños se deben preparar á la más dulce satisfacción de la vida. Los maestros no han de preferir á ninguno por su talento, si no solamente por su carácter, pues, de lo contrario, nace la envidia, contraria á la amistad.

Los niños tienen también que ser francos, y sus miradas, tan serenas como el sol. Un corazón contento es el único capaz de encontrar placer en el bien. La religión que hace al hombre sombrío es falsa, pues él tiene que servir á Dios con el corazón contento y no por la coacción. No es necesario conservar siempre el buen humor en la coacción de la escuela, pues en este caso se la derribaría pronto; se rehace cuando hay alegría. Para esto sirven ciertos juegos en los que hay animación, en que el niño se esfuerza por hacer algo antes que los demás. Entonces el alma vuelve á serenarse.

Mucha gente mira los años de su juventud como los mejores y los más agradables de su vida; esto no es cierto: son los más fastidio-

sos, porque se está tan sujeto á la disciplina, que es raro tener un amigo verdadero, y más raro aún tener libertad. Ya dice Horacio: *Multa tulit facitque puer, sudarit et al-sit* (1).

Únicamente se ha de instruir á los niños en las cosas convenientes á su edad. Se complacen muchos padres en oír hablar á sus hijos como sabios precoces. Pero tales niños, ordinariamente, no llegan á ser nada. Un niño ha de ser sólo prudente como un niño. Nunca tiene que remedar. Está completamente fuera de su edad el niño provisto precozmente de juicios morales, que no son si no imitados. No debe tener más que el entendimiento de un niño, ni lo debe mostrar temprano. Un niño semejante no será nunca un hombre de inteligencia y de entendimiento sereno. Es asimismo insoportable un niño que quiere ya seguir todas las modas; por ejemplo, acicalarse, llevar puños y hasta tabaquera. Así se convierte en un sér afectado, cosa que no es propia de un niño.

Una sociedad culta le es una carga, y al fin le falta completamente el valor de hombre. Por esto también se le ha de impedir muy

(1) El niño ha soportado mucho y mucho ha hecho, ha sudado y se ha helado. (N. del T.)

pronto la vanidad, ó mejor dicho, no darle motivo á que llegue á ser vanidoso. Sucede así cuando se les dice que son hermosos, que les sienta de un modo encantador este ó aquel adorno, ó cuando se les promete y se les da uno. Los adornos no convienen á los niños. Sólo han de conservar sus vestidos limpios y sencillos, como una cosa necesaria. Pero tampoco han de darse los padres á sí propios ningún valor, ni mirarse al espejo, pues en esto, como en lo demás, el ejemplo es todopoderoso y afirma ó destruye las buenas doctrinas.

## DE LA EDUCACIÓN PRÁCTICA

La educación práctica comprende: *a)* la habilidad; *b)* la prudencia; *c)* la moralidad. En lo que se refiere á la habilidad, se ha de procurar que sea sólida y no fugaz. No hay que adoptar aire de conocer cosas que después no se pueden realizar. Hay que buscar la solidez en la habilidad, y que llegue á ser esto, poco á poco, por hábito en el modo de pensar. Es lo esencial del carácter de un hombre. La habilidad es necesaria para el talento.

Por lo que toca á la *prudencia*, consiste en el arte de colocar nuestra habilidad en el hombre; es decir, ver cómo puede servirse de ellos para sus intenciones. Requiere esto varias cosas. Propiamente, es lo último en el hombre; pero por su valor merece el segundo lugar.

Si se ha de dejar al niño la prudencia, tiene que hacerse disimulado é impenetrable, pero pudiendo examinar cuidadosamente á los otros. Tiene particularmente que ocultarse en lo que se refiere á su carácter. Los modales son el arte de la apariencia exterior, y éste le ha de

poseer. Es difícil penetrar en los otros, pero se ha de lograr necesariamente el arte de hacerse impenetrable. Para ello se necesita disimulo; es decir, ocultar sus faltas y su apariencia exterior. El disimulo no es siempre el fingimiento, que se puede permitir á veces, aunque confina con la impureza. El fingimiento es un medio desesperado. La prudencia pide no precipitarse fácilmente, pero no hay que caer tampoco en la indolencia. Valiente, es diferente de violento. Un hombre bravo (*strenus*) es el que goza queriendo. Esto es relativo á la moderación del afecto; la prudencia corresponde al temperamento.

La *moralidad* concierne al carácter. *Sustine et abstine* es prepararse á una prudente moderación. Para formar un buen carácter es necesario suprimir las pasiones. Hay que acostumbrar al hombre á que sus inclinaciones no lleguen á ser pasiones, y á pasar sin lo que se le niegue. *Sustine*, significa: soporta y acóstumbrate á soportar.

Es necesario valor é inclinación para aprender á privarse de algo. Hay que acostumbrarse á las respuestas negativas, á la resistencia, etcétera.

La simpatía pertenece al temperamento. Ha de prevenirse á los niños contra una compasión anhelante ó lánguida. La compasión es

realmente sensibilidad; concuerda sólo con un carácter sensible. Es también distinto de la piedad, siendo un mal lamentarse meramente de una cosa. Se debía dar dinero á los niños para gastos menudos, con los que pudieran socorrer á los necesitados, y entonces se podría ver si son ó no son piadosos; pero cuando sólo son dádivosos con el dinero de sus padres, pierden esta virtud.

La máxima *festina lente* indica una actividad continua; hay que apresurarse á aprender mucho; es decir, *festina*; pero también hay que aprender con fundamento, y por lo tanto emplear tiempo en esto; es decir, *lente*. Se ocurre preguntar si es preferible dar una gran cantidad de conocimiento ó sólo una pequeña, pero sólidamente. Es mejor saber poco, pero con fundamento, que mucho y superficialmente, pues al fin se advertirá en el último caso lo poco profundo de esto. Como el niño no sabe en qué circunstancias tendrá que usar este ó aquel conocimiento, lo mejor es que sepa algo de todo con solidez; de lo contrario, sólo seducirá y deslumbrará á los demás con sus conocimientos superficiales.

Lo último es la fundación del carácter. Consiste éste en los firmes designios para querer hacer algo, y también en la ejecución real de los mismos; *Vir propositi tenax*, dice Hora-

cio, y éste es el buen carácter. Por ejemplo: si yo he prometido algo, he de mantenerlo, aun cuando pueda perjudicarme. No puede fiarse mucho de sí mismo el hombre que, haciendo propósito de algo, no lo hace. Acaba por desconfiar de sí el que proponiéndose levantarse temprano siempre para pasear, para estudiar ó para hacer esto ó aquello, se excusa, en la primavera, con que aún son frías las mañanas, pudiéndole perjudicar el frío; en verano, con que es bueno dormir, siéndole el sueño agradable, y aplaza de este modo su propósito de un día para otro.

Lo que es contrario á la moral queda excluído de tales determinaciones. En un malvado, el carácter es muy malo; pero aquí se le llama tenacidad, y aun entonces agrada ver que cumple su propósito y es constante, aunque fuera mejor que se condujese así en el bien.

No hay que contar mucho con el que aplaza constantemente la ejecución de sus propósitos. Esto ocurre con la llamada conversión futura. Es imposible que pueda convertirse en un instante, como quiere, el hombre que fué siempre vicioso, al no suceder un milagro para que de una vez sea como aquel que caminó bien toda su vida y siempre pensó honradamente. Tampoco se puede esperar nada de las peregrina-

ciones, mortificaciones y ayunos; no se concibe cómo pueden hacer de un hombre vicioso un hombre noble las peregrinaciones y otras prácticas semejantes.

¿Qué hace por la honradez y corrección ayunar todo el día, comiendo, en cambio, á la noche, ó imponer una expiación á su cuerpo que en nada puede contribuir al cambio del alma?

Para fundar un carácter moral en los niños hay que observar lo siguiente:

Enseñarles, en lo posible, el deber que tienen que cumplir, mediante ejemplos y disposiciones. Los deberes que el niño ha de cumplir son sólo los deberes ordinarios hacia sí mismo y hacia los demás. Es preciso educir estos deberes de la naturaleza de las cosas. Aquí tenemos que considerar inmediatamente:

a) Los deberes para consigo mismo. No consisten en procurarse un magnífico traje, comer deliciosamente, etc., aunque haya que ser limpio en todo, ni en buscar el contento de sus apetitos é inclinaciones—por el contrario, hay que ser muy moderado y sobrio—, sino en que el hombre tenga en su interior una cierta dignidad que le ennoblezca ante todas las criaturas, siendo su deber no desmentir esta dignidad de la humanidad en su propia persona.

Pero nosotros nos separamos de esta dignidad de la humanidad cuando, por ejemplo, nos entregamos á la bebida, realizamos actos contra naturaleza, cometemos toda clase de excesos, etc.; todo lo cual coloca al hombre mucho más bajo que los animales. No es menos contrario á la dignidad de la humanidad el hombre que se rebaja á los otros y les hace siempre cumplimientos, imaginándose que se captará su voluntad con conducta tan indigna.

Habría también que hacer sensible la dignidad humana á los niños en sí mismos; por ejemplo, en el caso de suciedad, que, por lo menos, es indecoroso para la humanidad. Pero cuando realmente se coloca el niño por bajo de la dignidad humana, es con la mentira, pues ya puede pensar y comunicar sus pensamientos á los demás. La mentira hace al hombre objeto del menosprecio general, y es un medio que le roba á sí mismo la estimación y crédito que cada uno debiera tener consigo mismo.

b) Los deberes para con los demás. Hay que enseñar al niño desde muy pronto la veneración y respeto al derecho de los hombres y procurar que lo ponga en práctica; si, por ejemplo, un niño encuentra á otro niño pobre y, orgulloso, le arroja de sí ó del camino ó le da un golpe, no se le ha de decir: «No hagas eso, le haces daño, sé compasivo, es un pobre

niño», etc., sino tratarle con la misma altanería y hacerle sentir cuán contraria al derecho de los hombres era su conducta. Los niños apenas tienen generosidad. Se puede ver esto, v. gr., cuando los padres mandan á sus hijos que den á otro la mitad de su tostada, sin que, vuelvan á recobrarla; entonces, ó no lo hacen ó lo hacen muy raramente y de mala gana. Tampoco se les puede hablar mucho de generosidad, porque aún no tienen nada propio.

Muchos han pasado por alto ó han explicado falsamente, como *Crugot*, la parte de la moral que contiene la teoría de los deberes para consigo mismo. Consiste el deber hacia sí mismo, como se ha dicho, en conservar en su propia persona la dignidad humana. El hombre se censura teniendo á la vista la idea de humanidad. En su idea tiene un original con el cual se compara. Cuando aumenta el número de años, cuando empieza á nacer la inclinación sexual, es el momento crítico en que la dignidad humana es la única capaz de conservar en sus límites al joven. Hay que advertirle temprano el modo de preservarse de esto ó aquello.

Apenas hay en nuestras escuelas una cosa que promovería la educación de los niños en la honradez, á saber: un catecismo del Derecho. Habría de contener casos populares que



sucedieran en la vida ordinaria, y en los cuales entrara siempre, naturalmente, la pregunta: ¿es esto justo ó no? Por ejemplo: cuando uno se conmueve á la vista de un necesitado, teniendo que pagar aquel día á su acreedor, y le da la suma de que es deudor y que debía pagar, ¿es justo ó no? No; esto es injusto, pues para hacer buenas obras tengo que ser libre. Cuando doy el dinero á los pobres, hago una obra meritoria; pero al pagar mi deuda hago lo que debía de hacer. Se preguntaría además: ¿es permitida una mentira oficiosa? No; no se concibe caso alguno en que convenga la excusa, por lo menos ante los niños, pues de otro modo mirarían como una necesidad cualquier bagatela y se permitirían mentir á menudo. Si hubiera un tal libro, se le podría destinar diariamente una hora con mucha utilidad, para conocer y aprender de memoria el derecho de los hombres — esta pupila de Dios en la tierra.

La obligación de socorrer no es más que una obligación imperfecta. Tampoco hay que ablandar el corazón de los niños para que se afecte por la suerte de los demás, sino más bien hacerle fuerte. Que no esté lleno de sentimiento, sino de la idea del deber. Muchas personas llegan á hacerse duras de corazón, porque habiendo sido compasivas anterior-

mente, se vieron engañadas con frecuencia. Es inútil querer hacer comprensible á un niño lo meritorio de las acciones. Los eclesiásticos, frecuentemente, se equivocan al presentar las obras de beneficencia como algo meritorio. Aun sabiendo que no podemos cumplir nunca nuestras obligaciones con relación á Dios, no hacemos sino cumplir nuestro deber cuando socorremos á los pobres, pues la desigualdad del bienestar nace sólo de circunstancias ocasionales. Así, pues, si yo poseo una fortuna, sólo la tengo gracias á que estas circunstancias fueron favorables para mí ó para mis predecesores, continuando siempre siendo la misma la relación con el todo.

Se excita la envidia de un niño, haciendo que se estime por el valor de los otros. Debe estimarse principalmente por los conceptos de su razón. La humildad no es, por consiguiente, más que una comparación de su valor con la perfección moral. La religión cristiana, por ejemplo, no enseña tanto la humildad, cuanto hace humildes á los hombres, por tener que compararse con el más alto modelo de perfección. Es absurdo asentar la humildad en apreciarse menos que los demás: «¡Mira cómo se conduce tal ó cual niño!», etc. Hablarles de este modo, sólo les produce maneras innobles de pensar. Cuando el hombre aprecia su va-

lor por los otros, trata, ó bien de elevarse sobre los demás ó de disminuir el valor de ellos. Esto último es la envidia. Entonces sólo pretende atribuir faltas á los demás; de otro modo no podrían compararse con ellos: sería el mejor. Aplicando mal el espíritu de emulación, sólo se produce la envidia. Aún podría servir de algo la emulación en el caso que se tratara de convencer á alguien de la posibilidad de una cosa; por ejemplo: cuando yo exijo al niño aprender una determinada tarea y le muestro que otros pudieron hacerlo.

En modo alguno hay que consentir que un niño avergüence á los otros. Es necesario ahogar todo orgullo fundado en la superioridad de la fortuna. Pero, al mismo tiempo, se ha de crear la franqueza en los niños, que consiste en una discreta confianza en sí mismo. El hombre se pone mediante ella en situación de mostrar convenientemente sus dotes. Se ha de diferenciar de la impertinencia, que consiste en la indiferencia respecto al juicio de otro.

Todos los deseos del hombre son formales (libertad y poder) ó materiales (referentes á un objeto), deseos de opinión ó de goces, ó bien, finalmente, se refieren á la mera duración de ambos, como elemento de la felicidad.

Los deseos de la primera clase son la ambición, el deseo de mando y la codicia. Los de

la segunda, el goce sexual (lujuria), el de las cosas (bienestar) ó el de la sociedad (gusto en la conversación). Por fin, los deseos de la tercera clase son: el amor á la vida, á la salud, á la comodidad (despreocupación de cuidados para lo futuro).

Los vicios son: ó de maldad, ó de bajeza, ó de pusilanimidad. A los primeros pertenece la envidia, la ingratitud y la alegría por el mal ajeno; á los segundos, la injusticia, la infidelidad (falsedad), el desorden, tanto en la prodigalidad de los bienes como en la de la salud (intemperancia) y en la del honor. Los vicios de la tercera clase son la dureza, la mezquindad y la pereza (molicie).

Las virtudes son: ó virtudes de *mérito*, ó meramente de *deber*, ó de *inocencia*. A las primeras pertenece la generosidad (vencimiento de sí mismo, tanto en la venganza como en el bienestar y en la codicia), la caridad y el dominio de sí mismo; á las segundas la honradez, la decencia y el carácter pacífico, y, finalmente, á las últimas, la probidad, la modestia y la sobriedad.

¿El hombre es por naturaleza, moralmente, bueno ó malo? Ninguna de las dos cosas, pues no es por naturaleza un sér moral; sólo lo será cuando eleve su razón á los conceptos del deber y de la ley. Entretanto, se puede decir que

tiene en sí impulsos originarios para todos los vicios, pues tiene inclinaciones é instintos que le mueven á un lado, mientras que la razón le empuja al contrario. Sólo por la virtud puede devenir moralmente bueno, es decir, por una autoacción, aunque puede ser inocente sin los impulsos.

La mayor parte de los vicios nacen de la violencia que el estado civilizado ejerce sobre la naturaleza, y, sin embargo, nuestro destino como hombres ha de salir del estado de naturaleza en que estamos. El arte perfecto vuelve á la naturaleza.

En educación, todo estriba en asentar por todas partes los principios justos y en hacerlos comprensibles y agradables á los niños. Han de aprender á sustituir el odio por el aborrecimiento de lo repugnante y absurdo; con el horror interior, el exterior de los hombres y castigos divinos; con la propia estimación y la dignidad interior, la opinión de los hombres; con el valor interno de la acción y la conducta, el de las palabras y movimientos del corazón; con el entendimiento, el sentimiento, y con una alegría y una piedad en el buen humor, la triste, tímida y sombría devoción.

Pero, ante todo, se les tiene que preservar de que no aprecien demasiado la *merita fortunæ*.

Por lo que se refiere á la educación de los niños en vista de la religión, el primer problema es ver si es posible enseñarles pronto los conceptos religiosos. Sobre esto se ha discutido mucho en Pedagogía. Los conceptos religiosos suponen siempre alguna teología. Ahora bien; ¿se debe enseñar una teología á la juventud que no conoce el mundo, que tampoco se conoce á sí misma? ¿Podría la juventud, que no conoce aún el deber, comprender un deber hacia Dios? Es verdad que si fuera posible que los niños no vieran acto alguno de veneración al Sér Supremo ni oyeran nunca el nombre de Dios, sería adecuado al orden de las cosas llevarle primero á los fines y á lo que conviene al hombre, aguzar su juicio, instruirle en la belleza y orden de las obras de la Naturaleza, añadir luego un conocimiento más profundo de la fábrica del universo y, por ello abrirles la idea de un Sér Supremo, de un legislador. Pero como esto no es posible en nuestro estado actual, sucedería que, cuando más tarde se les quisiera enseñar alguna cosa de Dios, como le oyen nombrar y presencian manifestaciones de veneración hacia Él, le produciría indiferencia ó ideas equivocadas; por ejemplo: un temor ante su poder. Como hay que procurar que estas ideas no aniden en la fantasía del niño, ha de enseñár-

seles pronto las ideas religiosas para preservarles de aquéllas. Sin embargo, no ha de ser esto obra de la memoria, pura imitación ó mero mimetismo; el camino que se escoja ha de ser adecuado á la naturaleza. Aun no teniendo los niños una idea abstracta del deber, de la obligación, de la buena ó mala conducta, comprenderán que existe una ley del deber, que no es la comodidad, la utilidad, etc., quien debe determinarla, sino algo universal que no se rigè por el capricho de los hombres. El mismo maestro se tiene que hacer esta idea.

Primeramente hay que atribuir á Dios todo lo de la Naturaleza, y después ésta misma; como, por ejemplo, está todo colocado para la conservación de las especies y su equilibrio, pero también remotamente, para que el hombre pueda hacerse feliz por sí mismo.

Se podría, desde luego, hacer más clara la idea de Dios comparándola con la del padre bajo cuyos cuidados estamos, con lo cual se podría indicar provechosamente la unidad de los hombres, formando como una familia.

¿Qué es, pues, la religión? La religión es la ley que está en nosotros, en tanto que nos imprime fuerza mediante un legislador y juez; es una moral aplicada al conocimiento de Dios. No uniendo la religión con la moralidad, es sólo mera aspiración al favor divino. Los sal-

mos, las súplicas, el ir á la iglesia, únicamente deben dar á los hombres nuevas fuerzas, nuevo valor para su mejoramiento, ó ser la expresión de un corazón animado por la representación del deber. Sólo son preparación á las buenas obras, pero no por sí mismas buenas obras, y no se puede ser agradable al Sér Supremo más que convirtiéndose en un hombre mejor.

Con el niño hay que empezar por la ley que tiene en sí. El hombre se juzga despreciable cuando es vicioso. Este desprecio tiene su fundamento en él mismo y no en que Dios haya prohibido el mal, pues no es necesario que el legislador sea á la vez el autor de la ley. Así, puede un príncipe prohibir el robo en su país, sin que por esto se le pueda llamar el autor de la prohibición del robo; y así aprende el hombre que sólo su buena conducta le hace digno de la felicidad. La ley divina tiene que parecer á la vez como ley natural, porque no es voluntaria. La religión se necesita para toda moralidad.

Pero no hay que empezar por la teología. La religión que se funda meramente en la teología nunca puede contener algo moral. No habrá en ella más que temor, por una parte, y sentimientos y miras interesadas, por otra; y esto sólo produce un culto supersticioso.

Así, pues, tiene que preceder la moralidad y seguir la teología, y esto se llama religión.

La ley en nosotros se llama conciencia. La conciencia es propiamente la aplicación de nuestras acciones á esta ley. Los reproches de la conciencia quedarán sin efecto si no se los piensa como representantes de Dios, cuyo asiento elevado está sobre nosotros, pero que también ha establecido en nosotros un tribunal. Cuando la religión no procede de la conciencia moral, queda sin efecto. La religión sin la conciencia moral es un culto supersticioso. Se quiere servir á Dios, por ejemplo, alabándole, ensalzando su poder, su sabiduría, sin pensar en cumplir las leyes divinas, hasta sin conocer é investigar su poder, sabiduría, etc. Los salmos son un narcótico para la conciencia de algunos y un cojín sobre el cual deben dormir tranquilos.

Los niños no pueden comprender todos los conceptos religiosos, á pesar de lo cual hay que enseñarles algunos, sólo que han de ser más negativos que positivos. No sirve de nada hacer rezar á los niños, que no les produce sino una falsa idea de la piedad. La verdadera veneración hacia Dios consiste en obrar por su voluntad, y esto hay que enseñárselo á los niños. Se ha de procurar, tanto con los niños como consigo mismo, no usar á me-

nudo el nombre de Dios. Es asimismo un abuso usarle en las felicitaciones, aun cuando se haga con intención piadosa. Cada vez que los hombres pronuncian el nombre de Dios debían estar penetrados de su idea con un profundo respeto; por esto debían usarlo raramente y nunca con ligereza. El niño tiene que aprender á sentir veneración hacia Dios como señor de la vida y del mundo entero; además, como cuidador de los hombres y, finalmente, como su juez. Se cuenta que, siempre que Newton pronunciaba el nombre de Dios, se detenía y reflexionaba algún tiempo.

El niño aprende tanto mejor el concepto de Dios y del deber por una explicación de los cuidados divinos respecto de las criaturas, y se le preserva de la inclinación á la destrucción y á la crueldad que manifiesta á menudo atormentando á los animalitos. Asimismo, se debía enseñar á la juventud á descubrir el bien en el mal; los animales de rapiña y los insectos, por ejemplo, son modelos de limpieza y de asiduidad. Despiertan á los hombres malos las leyes. Los pájaros que persiguen á los gusanos son los defensores de los jardines, etc.

Por consiguiente, hay que enseñar á los niños algunas ideas del Sér Supremo para que cuando vean á los demás rogar, etc., puedan

saber hacia quién y para qué lo hacen. Pero estas ideas tienen que ser poco numerosas y, como se ha dicho, meramente negativas.

Se ha de empezar á enseñárseles esto desde su más temprana edad; pero hay también que mirar que no estimen sólo á los hombres por el cumplimiento de su religión, pues, á pesar de la diversidad de religiones, hay una unidad de religión en todas partes.

Finalmente, queremos hacer aquí algunas advertencias que debía observar especialmente la niñez al entrar en la adolescencia. Empieza el adolescente en este tiempo á hacer ciertas diferencias que antes no hacía. *Primeramente* la diferencia sexual. La Naturaleza ha extendido sobre esto el velo del secreto, como si hubiera en ello algo no del todo conveniente para el hombre y no fuera más que una mera necesidad de la animalidad humana. Ha tratado de unirlo con toda clase de moralidad posible. Aun las naciones salvajes se conducen aquí con una especie de pudor y recato. Los niños hacen á veces preguntas á los mayores sobre este asunto; por ejemplo, dicen, ¿de dónde vienen los niños? Y se les deja fácilmente contentos, ó bien con respuestas absurdas, que no significan nada, ó bien

respondiéndoles que eso es una pregunta de niños.

El desarrollo de estas inclinaciones en el adolescente es mecánico; se realiza, como todos los instintos que se desarrollan en él, sin necesidad de conocer su objeto. Es, por tanto, imposible conservar al adolescente en la ignorancia é inocencia que en él están unidos. Con el silencio, no sólo se hace el mal, sino que se empeora. Se ve en la educación de nuestros antepasados. En la de nuestro tiempo se admite con razón la necesidad de hablar al adolescente francamente y de un modo claro y preciso. Sin duda este es un punto delicado, porque no se hace de él gustosamente un objeto de conversación pública. Pero se obrará perfectamente hablándole con digna seriedad de ello y entrando en sus intenciones.

A los trece ó catorce años es ordinariamente el momento en que se desenvuelve en el adolescente la inclinación sexual (cuando sucede más temprano es por haberles seducido y perdido con los malos ejemplos). Su juicio está ya desarrollado y la naturaleza los ha preparado para la época en que se les puede hablar de esto.

Nada debilita tanto el espíritu y el cuerpo del hombre como esa clase de voluptuosidad dirigida á sí mismo (*die auf sich selbst*)

*gerichtet ist*) y en completa lucha con la naturaleza humana. Pero tampoco hay que ocultársela al adolescente, se le ha de presentar en su completo horror, y decirle que así se inutiliza para la propagación de la especie; que las fuerzas de su cuerpo marchan directamente á su ruina; que contrae una temprana vejez; que sufre su espíritu, etc.

Esa instigación se puede evitar mediante una ocupación constante, por lo cual es preciso que no consagre al sueño y á la cama más tiempo del necesario. Con estas ocupaciones hay que procurar que abandone esos pensamientos, pues aunque el objeto sólo quede en la imaginación, no por eso deja de corroer la fuerza de la vida. Cuando su inclinación se dirige al otro sexo, siempre puede encontrar alguna resistencia; pero cuando se dirige á sí mismo, puede satisfacerla en toda ocasión. El efecto físico es del todo perjudicial, pero son mucho peores las consecuencias con relación á la moralidad. Se traspasan aquí los límites de la naturaleza y la inclinación se desencadena sin trabas, porque no encuentra ninguna real satisfacción. Hay maestros que á jóvenes ya desarrollados han formulado esta pregunta: ¿se permitirá que un joven se relacione con el otro sexo? Cuando necesariamente haya de optarse entre am-

bas, preferible es esta última solución. En lo primero, obra contra la naturaleza; en lo último, no. La naturaleza le ha llamado para ser hombre en cuanto es mayor de edad, y propagar así su especie; pero las necesidades que tiene el hombre necesariamente en un estado civilizado hacen que no pueda siempre educar á sus hijos; de este modo comete una falta contra el orden civil. Lo mejor es, siendo además su deber, que espere el joven hasta que esté en situación de casarse regularmente. Obra entonces, no sólo como un buen hombre, sino también como un buen ciudadano.

Que el adolescente aprenda pronto á estimar al otro sexo, á adquirir en cambio la misma consideración por una libre actividad y aspirar así á encontrar el alto premio de una feliz unión.

En la época que entra el adolescente en sociedad comienza á hacer *una segunda* diferenciación; consiste en el conocimiento de la diferencia de los estados y de la desigualdad de los hombres. No hay que hacérselos notar cuando niño. A esto hay que añadir que no mande á los criados. Si ve que los padres lo hacen, se le puede decir en rigor: «Nosotros les damos el pan, y por eso nos obedecen; como tú no se lo das, tampoco tienen que servirte». No conocen ellos nada de esto, si los

padres no inculcan esta ilusión á los niños. Hay que mostrar al adolescente que la desigualdad entre los hombres es una situación que nace de haber buscado uno alcanzar ventajas sobre los otros. Se les puede formar poco á poco la conciencia de la igualdad de los hombres en la desigualdad civil.

Se ha de procurar que el adolescente se estime en absoluto y no por los otros. La estimación de otro, en la que no se determina el valor del hombre, es vanidad. Además, hay que incitarle á tener conciencia de todas las cosas y á no esforzarse sólo en parecer, sino en ser. Hay que prevenirlo para que en ninguna circunstancia se convierta en vana resolución la resolución que haya tomado. Es preferible no formar ningún proyecto y dejar la cosa en duda. Hay que enseñarle la sobriedad en las circunstancias exteriores y la paciencia en los trabajos: *sustine* y *abstine*; también la frugalidad en las diversiones. Se llegará á ser un miembro apto de la comunidad y se preservará del fastidio, no sólo no deseando los placeres, sino también siendo paciente en sus tareas.

Hay que enseñar, además, al adolescente la alegría y buen humor. El gozo de corazón nace de no tener que reprocharse nada, así como la igualdad del humor. Se puede llegar

por el ejercicio á mostrarse siempre de buen humor en sociedad.

Han de mirarse muchas cosas siempre como deber. Una acción ha de serme valiosa, no porque concuerde con mi inclinación, sino porque mediante ella cumplo mi deber.

También se ha de desenvolver el amor á los otros y después los sentimientos cosmopolitas.

Hay algo en nuestra alma que hace interesarnos a) por nosotros mismos; b) por aquellos entre quienes hemos crecido, y c) por el bien del mundo. Se ha de hacer familiares á los niños estos intereses y temprar en ellos sus almas. Han de alegrarse por el bien general, aun cuando no sea el provecho de su patria ni el suyo propio.

Que pongan escaso valor en el goce de los placeres de la vida. El temor infantil ante la muerte cesará de este modo.

Se ha de mostrar al adolescente que el placer no proporciona lo que á la vista promete.

Y, por último, la necesidad de una liquidación diaria consigo mismo, para que pueda al final de la vida hacer un cálculo de su valor.